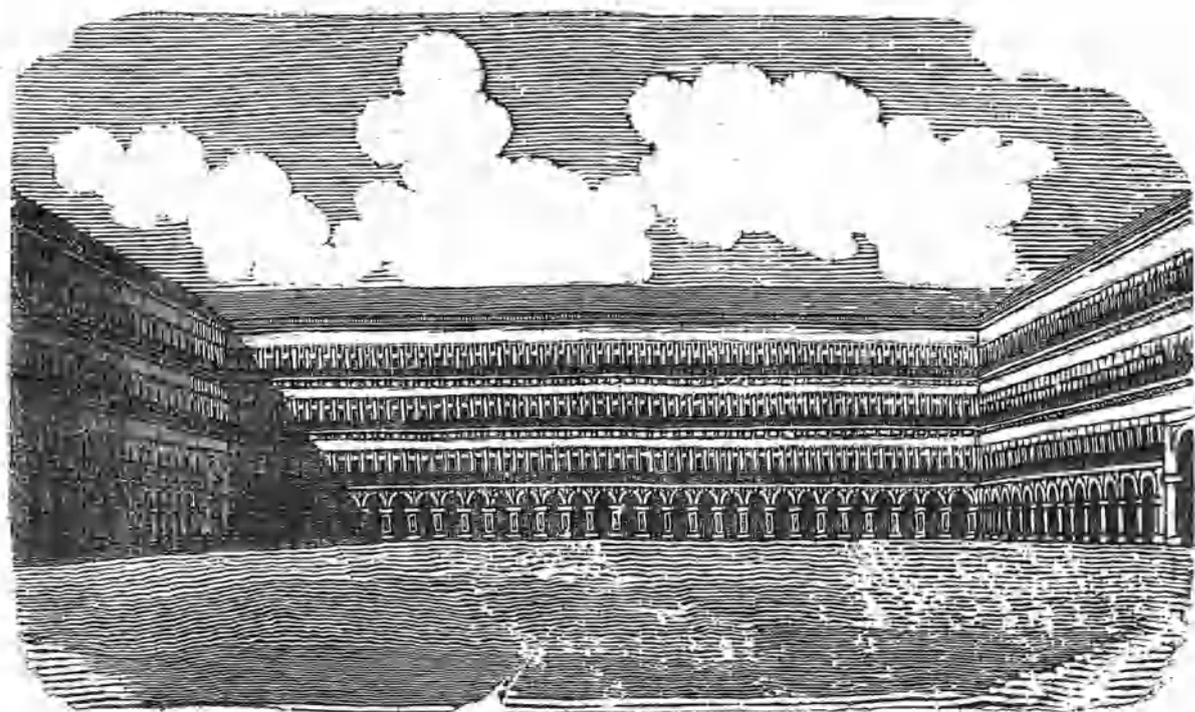


ESPAÑA PINTORESCA.



LA PLAZA MAYOR DE CORDOBA.

(vulgo la corredera).

SOCAS serán las poblaciones de alguna consideración en España donde no se encuentre algún buen edificio construido en el siglo XVI, tiempo en que progresaba la civilización, se afinaba el gusto, y adelantaban las bellas artes.

Entre los varios que en la citada época se construyeron en Córdoba se cuenta la plaza mayor llamada *corredera* por ser el sitio destinado para correr toros, y celebrar otros ejercicios de caballería en que frecuentemente se ocupaba la nobleza. Faltándole á esta ciudad una buena plaza, pues que la que tenía no era otra cosa que una calle mas ancha donde otras diversas desembocaban, desde 1551 principió la ciudad á comprar muchas casas para derribarlas, y formar la plaza, dándola una figura regular. Mas la decoración que ahora tiene no se construyó hasta el año 1683, en que el corregidor Don Francisco Ronquilla, á pesar de ser aquel tiempo muy calamitoso por la peste que se padecía, el terremoto y la baja de la moneda, promovió esta obra, venciendo todas las dificultades el celo y tesón de aquel magistrado y del ayuntamiento de la ciudad. Los dueños de las casas, que no podían pagar el costo de la obra que les correspondía, vendían las vistas á los que suplían el gasto, que se desquitaba despues en funciones y corridas de toros. Por este medio se labró una plaza que puede sin duda ponerse en el número de las mejores de España.

Es cuadrilonga, y tiene de largo 372 pies: el ancho no es el mismo por el testero inferior que por el superior, aunque la diferencia apenas se percibe. El testero del frente, que presenta el grabado, tiene 168 balcones, y está sostenido por 29 arcos. El del frente superior, llama-

mada del arco alto por el grande que da entrada á la plaza por aquella parte, tiene 156 pies, doce arcos sin el grande, y 78 balcones; 27 en los pisos del medio y alto, y 24 en el inferior. El testero, llamado del arco bajo por el otro grande que tiene, se estiende 150 pies; consta de 10 arcos sin el grande, y de 23 balcones cada uno de los pisos medio y superior, y de 20 el bajo. Todos estos lados tienen soportales.

El frente que no se presenta en el grabado, no guarda uniformidad con lo demas, sino en la parte que corresponde al pósito, que consta de ocho arcos con soportales, y tiene diez y ocho balcones en cada piso: despues sigue el buen edificio de la antigua cárcel, que se construyó por los años de 1570, y mediando la boca de una calle llamada en lo antiguo de los Odreros, se completa el testero con algunas casas sin soportales ni balcones; pero sí con tres hileras uniformes de ventanas sostenidas por columnas pequeñas, á las que llaman de doña Ana Jacinta por haberlas labrado una señora de este nombre y del apellido de Angulo. Estas ventanas son por todas 69, 23 en cada piso.

Son, pues, todas las vistas de la plaza que se ocupan en las corridas de toros 435, y se pueden hacer en ella 352 varas de andamio.

Esta plaza, que es el principal mercado de la ciudad, ha sido y es, como hemos dicho, el sitio de los festejos y regocijos públicos, y tambien, hasta hace poco, donde se ejecutaban los reos: y en otro tiempo donde se celebraban tambien en ella los grandes autos del tribunal de la fe.

L. M. R.

Segunda serie.—Tomo II.

ra siempre á mi disposicion... Oh sábio Ibrahim, qué recompensa de tu rey bastará para remunerar tan gran servicio!— Los deseos de un filósofo son sencillos y limitados, respondió Abu-Ajeb; proporcionadme únicamente los medios de cambiar mi gruta en una habitacion mas cómoda, y quedo satisfecho.— ¡Cuán bella es la moderacion del verdadero sábio! dijo para sí el rey lleno de contento por haber cumplido á tan poca costa con la ley del agradecimiento; é inmediatamente dió orden formal á su tesorero de satisfacer todos los gastos que Ibrahim hiciera para hermosear su gruta.

El astrólogo entonces hizo tallar en la roca numerosas y variadas estancias, formando una serie de habitaciones en correspondencia con la pieza del centro destinada á sus observaciones astrológicas. Las paredes de aquellas salas se cubrieron con las telas mas preciosas de damasco, y el suelo con las mas ricas alfombras de Persia; los muebles principales consistian en otomanas y divanes del gusto mas exquisito.— «Soy ya viejo, decía, y no podré dormir sobre las esteras como lo hacia en mi juventud: estas paredes húmedas necesitan cubrirse.» Baños suntuosos se construyeron tambien con particular esmero; nada faltaba allí; las estancias, los perfumes eran de primera calidad.— «El baño, dijo, es necesario para volver la ligereza, la elasticidad á las fibras desecadas por el estudio.» De las bóvedas de aquellas salas se suspendieron lámparas de plata y de cristal alimentadas perpetuamente con un aceite raro compuesto por una receta que se habia descubierto en los sepulcros egipcios, y que espacia una hermosa claridad en aquellas deliciosas estancias.— «El brillo del sol es demasiado vivo, decía, para los ojos de un anciano, y la luz de la lámpara es mas apropiada á las meditaciones de un filósofo.»

Entre tanto el tesorero suspiraba á cada suma que tenia que desembolsar para las obras y ornato de aquella mansión sin igual, y concluyó por hacer presentes al rey sus quejas.— «He dado mi palabra, contestaba este; paciencia: todo tiene su término, y probablemente le tendrá tambien esa obra para la cual sirve de modelo al astrólogo el interior de las pirámides de Memfis.» Y el rey no se equivocó; la gruta quedó concluida, llegando á ser un vasto palacio subterráneo.

— Ahora estoy contento, decía Ibrahim; creo que nada me falta;... nada mas que un poco de distraccion; alguna cosa que pueda deleitar mis ojos y refrescar mis ideas en los intervalos del trabajo; por ejemplo, bailarinas.— Bailarinas? repitió el tesorero estupefacto.— Bailarinas, repuso gravemente Ibrahim; mas en corto número, porque soy filósofo y sé reducirme: pero de todos modos cuidad de que sean jóvenes y hermosas.»

Este pellizco fue el último que se dió al tesorero del rey por Ibrahim, por aquel sábio tan fácil de contentar, tan moderado en sus deseos. Desde el mismo día se encerró en su profunda morada para entregarse enteramente al estudio: y desde este dia tambien el helicoso Abu-Habuz empezó cómodamente sus campañas, dando batalla sobre batalla sin salir de su torre encantada, dispersando y aniquilando ejércitos enteros como quien espanta moscas; provocando é insultando á sus vecinos para estimularlos á nuevas escursiones en sus tierras, hasta que por último los innumerables desastres que habian sufrido y cuya causa no podian adivinar, los desanimó en tales términos que no se atrevian á respirar fuera de sus dominios.

Hacia ya muchos meses que el centinela de bronce permanecía inmóvil con el rostro vuelto hacia Granada, lo que empezaba á parecer un poco monotonó al digno monarca, cuando una mañana la veleta giró bruscamen-

te rechinando sobre el enmohecido gozne, y su lanza enristrada hácia la parte de Marcia. Abu-Habuz corrió presuroso á la torre; pero los figurines de la venta na practicada en aquella direccion permanecian tranquilos; ni siquiera un guerrero se movia.

El monarca, sorprendido de aquella circunstancia, envió un cuerpo numeroso de caballeria para reconocer las fronteras señaladas. Despues de tres dias de recorrer un pais desierto y asolado, volvió aquella á la capital sin haber encontrado mas que una hermosa jóven que dormia al lado de una fuente, y de la cual se apoderaron, juzgándola digna de un califa. Estaba vestida con el lujo y exquisita delicadeza de las mujeres godas en tiempo de la conquista de los árabes. Las mas hermosa perlas de Oriente brillaban enlazadas con sus cabellos de azabache, y el resplandor de su frente alternaba con el brillo de los diamantes que la adornaban: de su cuello pendia una cadena de oro, sosteniendo una lira del mismo metal.

«Divina hermosura, exclamó Abu-Habuz, cuya sangre, aunque amortiguada, no habia dejado de ser inflamable, ¿quién eres? ¿de dónde vienes?— Yo soy, respondió, hija de uno de los principes godos que reinaban en esta comarca. Habiendo sido destruidos en las montañas los ejércitos de mi padre como por encanto, sus súbditos sublevados le arrojaron de sus estados, y su hija se ve hoy reducida á la esclavitud.— «Cuidado, oh rey, dijo en voz baja el astrólogo al califa: esta podrá ser mas bien una de las poderosas magas del norte, disfrazada bajo esa forma seductora: he advertido desde luego un sortilegio en sus ojos; y he ahí sin duda alguna el enemigo señalado por el talisman de la torre.»

— Posible es; pero su hermosura y encantos han hallado gracia en mi corazon.— Escucha, oh rey, repuso Ajeb, yo te he proporcionado grandes victorias por el poder de mi magia, sin reclamar nunca la mas mínima parte en el botin. Por eso ahora te pido que me entregues esa cautiva, tanto para combatir los maleficios de que la juzgo poseedora, como para recrearme con los sonidos de su laud y los acentos de su voz.— ¿Qué! aun quieres mas mujeres? exclamó Abu-Habuz: ¿no tienes ya bailarinas?— Sí; pero no tengo cantarinas, y un poco de música, suspendiendo agradablemente las fatigas de mi espíritu, me producirá indecibles beneficios.— Pues por ahora haz tregua con tus necesidades filosóficas, repuso el monarca con impaciencia. Esta cristiana me agrada en extremo, y la aprecio tanto como Mahoma á la hija de Copto.»

El astrólogo insistió en su demanda; pero solo le sirvió para recibir del rey otra negativa mas terminante, y ambos se separaron bastante incomodados; el primero para encerrarse en su subterráneo, y el segundo para entregarse sin reserva á su ridícula pasión. Abu-Habuz no tenia juventud; pero poseia riquezas, y un amante viejo debió por necesidad ser generoso. Asi fue que el Zaccatin, aquel opulento bazar de Granada, se vió puesto incesantemente en contribucion para satisfacer los numerosos caprichos de la princesa; y las mas preciosas producciones del Africa y del Asia no eran ya suficientes para satisfacerlos. Cada dia se celebraban en la ciudad torneos, corridas de caballos, combates de toros y diversiones de todas clases; de forma que la memoria de los hombres no recordaba otras fiestas mas suntuosas.

La princesa las recibia como un homenaje debido á su rango y hermosura; ó mas bien parecia no complacerse en otra cosa que en empeñar al califa en nuevos dispendios que agotasen su tesoro. Su conducta respecto á el consistia en una completa indiferencia; y cuando las instancias del barbudo le importunaban, ó se manifestaba demasiado emprendedor, poseia un medio infalible de

desfacerse de él con solo tocar sencillamente las cuerdas de su lira; los párpados del viejo enamorado se cargaban, su cabeza vacilante se inclinaba al pecho, é inmediatamente caía en un profundo letargo, acompañado de ensueños deliciosos; de los cuales despertaba, de muy buen humor, es cierto, pero sin haber adelantado un paso en sus amores.

En semejante estado de embriaguez *Aben-Habuz* se vió repentinamente amenazado de un peligro, contra el cual era impotente el talisman de *Ibrahim*. En el seno mismo de su capital estalló una insurrección contra el enmorado monarca. Este, recobrando, al saberlo, la energía de su juventud, montó á caballo, y puesto á la cabeza de sus guardias, en un momento puso en fuga á los sediciosos. Restablecida la tranquilidad, fué al subterráneo á buscar al astrólogo que aun le conservaba rencor, y aproximándose á él, le dijo en tono cariñoso:

—O sabio *Ibrahim*, tú me habías predicho los peligros que me amenazaban con aquella esclava cristiana; pero dime: ¿no habrá ningún medio eficaz para evadirme de ellos?—Uno solo; renunciando al objeto que los suscita.—Antes renunciaría mi reino.—En ese caso te espones á perder uno y otro.—No seas inflexible; oh tú el mas sabio de los filósofos! Considera la doble perplejidad de un monarca y de un amante, y vuelva otra vez tu imaginación á servir de auxiliar á mis deseos. Solo suspiro por mi reposo: no pido mas que una salvaguardia contra las agresiones de mis súbditos, como la que poseo contra mis enemigos exteriores. Quisiera tener una especie de fortaleza inexpugnable—¿qué sé yo! un reducto secreto, un asilo impenetrable donde pudiese concluir mis dias en el seno de la paz y de la ternura.

El astrólogo miró algun tiempo al monarca con aspecto grave.—«¿Y qué me darás, le dijo, si te proporciono el asilo que deseas?—Tú mismo señala tu recompensa, y cualquiera que sea, si se halla en mi poder, te aseguro, á fé de rey de Granada, que la obtendrás.—¿Lo prometes?... Escucha; oh rey! ¿Has oído hablar del palacio y de los jardines encantados de *Irem*?—Sí, seguramente; hácese mención de ellos en el Corán, capítulo intitulado *El alba del dia*.—Pues has de saber que durante mi permanencia entre los sacerdotes de Egipto tuve en mi poder el libro de la sabiduría de *Hermés Trimegisto*, y está en mi mano el tratado para tí una residencia semejante, una mansion real como la de *Irem*, desde donde puedes verlo todo sin ser visto de nadie.—Discípulo ilustre de los Jerofantes! exclamó el califa trasportado de gozo: proporcióname esa morada que me ofrece, y desde luego te cedo la mitad de mi reino. No soy tan exigente, repuso *Ibrahim*; solo te pido por premio la primer bestia de carga que pise el umbral de aquel palacio con mas lo que lleve sobre su lomo.

El monarca consintió, no pudiendo menos de elogiar el desinterés del filósofo; y este dispuso lo conveniente para sus operaciones mágicas. Solamente hizo edificar en forma visible y palpable una inmensa portada sobre la colina situada encima de su habitacion subterránea, y concluida que fué, se encerró en su gruta para entregarse á sus ocultas operaciones. Salíó de ella al tercero dia, y presentándose á *Aben-Habuz* con el rostro pálido todavía á causa de las vigiliás pasadas en la preparacion de los encantos—Oh rey! le dijo, mi tarea está terminada. La cima del *Alhacín* se halla ocupada por el Eden terrestre que te he prometido. Sígueme, y lo verás.—Ambos se dirijieron inmediatamente á la colina, acompañados por solo la belleza goda, montada sobre una mula ricamente enjaezada. *Aben-Habuz* miraba cuidadosamente desde bastante lejos para tratar de descubrir

los pórticos y las torres de su palacio encantado; pero la portada era lo único que se descubría sobre la árida llanura de la colina.—Eso es lo prodigioso, dijo *Ibrahim*; nada debe hacerse visible hasta despues de haber pasado por debajo de aquel arco; pero ya puedes distinguir los caracteres mágicos trazados en su frontispicio: son los talismanes que defienden la entrada de ese paraíso. Mientras que *Aben-Habuz* contemplaba con la boca abierta aquellas figuras cabalísticas, la princesa impaciente por ver el interior picó de espuela á su mula, y pasó el arco.—«Mira ¡oh rey! exclamó con viveza el astrólogo en aquel momento, la primer bestia de carga ha pasado el pórtico; he ahí mi recompensa.»—El califa se sonrió al oír estas palabras, que consideraba como una chanza de su compañero; pero cuando comprendió que iba de veras, los pelos blancos de su barba se le herizaron de indignacion.

«Hijo de *Ajeeb*, le dijo en tono severo, qué significa ese necio equívoco? ¿Has querido por ventura sorprenderme con las espresadas condiciones de nuestro tratado? Si así fuere, elije la mula mas fuerte de mis caballerizas, cárgala de los objetos mas preciosos que te proporcionan Granada y el Zacatin; todo será tuyo, segun mi promesa; pero guárdate de levantar tus pretensiones hasta la que forma las delicias de mi corazon.—¿Qué me importan tus riquezas? repuso con altanería el astrólogo: ¿no poseo yo los secretos de la sabiduría egipcia, y con ellos todos los tesoros del mundo? Esta jóven cristiana es la que quiero porque me pertenece, y para ello empeñaste tu palabra.

Indigno hijo del desierto, cualquiera que sea tu ciencia reconoce sin embargo á tu amo, y no seas tan soberbio que de esa suerte esperes huirlarte de tu rey.—¡Mi amo! ¡mi rey!... ¿El miserable poseedor de un monton de tierra en la Iberia mandar al que reina sobre los elementos?... Búrle! compasión!... *Aben-Habuz*, adios; gobierna y conserva si puedes tu pequeño reino de Granada, aspirando á la puerta de este paraíso terrenal, en el que no entrarás, así como el legislador de los hebreos no entró en la tierra de promision; que yo, despreciando tu imprudente furor, vuelvo para siempre á los dominios subterráneos que me he proporcionado á tus espensas.»

Al concluir estas palabras echó mano á la brida del palafren de la princesa que se acercaba para oír el altercado de que ella misma era objeto; dió una patada en el suelo, y se abismó con su presa en las entrañas de la tierra, sin dejar rastro de la abertura por donde habia descendido.—Cuando el rey volvió en sí hizo llamar mil operarios con picas y azadones para cavar en la colina en el sitio de su desaparicion; cavaron y cavaron; mas inútilmente: aquellos instrumentos se hacian pedazos contra las rocas de granito, ó si llegaban á hacer alguna escavacion á medida que se profundizaba el hoyo, volvía á llenarse de nuevo.

Entonces el rey basó la entrada del palacio subterráneo del astrólogo; pero en vano, porque jamás pudo encontrarla; y lo que mas sintió fué que con la desaparicion de *Ibrahim Ajeeb* se desvanecieron las propiedades del talisman de la Torre, y el centinela de bronce permaneció fijo y clavado sobre la cima de la tienda con su lanza vuelta hácia el lugar de la colina que correspondia á la caverna del mago, como para indicar que allí estaba encerrado el enemigo mortal de *Aben-Habuz*.

De cuando en cuando parecia penetrar la bóveda de la montaña los débiles sonidos de una lira y la voz de una maga. En cierta ocasion un aldeano vino á decir al rey, que habiéndose introducido él en la noche anterior por una rendija, de la que salia alguna claridad, habia pene-

trado hasta una habitación tallada en la roca, en la cual había visto al astrólogo sentado sobre un magnífico diván, dormitando al sonido del laúd de la joven goda, que parecía también dotada del poder mágico de paralizar las facultades de su rival en maleficios.

Aben-Habuz corrió á la abertura; pero esta desapareció á su llegada, y aun faltó poco para que dejase los pies entre la grieta de la roca que se había cerrado al pisarla.

Desde entonces el lugar destinado á reproducir las maravillas de Irem continuó presentando el aspecto de una esplanada desierta y desierta, ya sea que algun sortilegio hiciese invisible el Elisao prometido, ó bien que solo fuese una impostura del astrólogo: esta segunda suposición fué la que adoptaron caritativamente los granadinos, nombrando despues aquel sitio, unos *la locura del rey*, y otros *el paraíso del loco*.

Para colmo de la desesperación de Aben-Habuz, los vecinos á quienes tanto había maltratado y provocado al abrigo del talisman de la torre, no se desculpaban en tomar la ofensiva por todas partes tan luego como supieron que el encanto protector había cesado; de forma que los últimos años del desventurado monarca no fueron mas que una serie de alborotos y calamidades, en medio de las cuales perdió por fin la corona. Entonces se hizo *derviche*, y murió sobre una humilde estera.

CRITICA LITERARIA.

POESÍAS

DE

DON MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

— Dos tomos en 16.^o marquilla (1).



os son las clases á que corresponden las poesías que dan motivo á este artículo; y es tanta la distancia que media entre sus diversas índoles, que nunca las habiéramos creído hijas de un mismo autor á no constarnos que en efecto era así. La una nos revela al poeta lírico eminente, la otra al eminente poeta satírico.

Bajo el epígrafe de *poesías ligeras y juguetes* inserta el señor Príncipe en el primer tomo una porción de composiciones lindísimas, de entre las cuales sentimos que no se hayan eliminado *La reconciliación*, *Al amor*, *La boda aldeana*, *Suscripciones para un jardín*, *La Aurora* y algunas otras del apéndice, por parecernos poco dignas de figurar al lado de las restantes. Es verdad que el nombre de *juguetes* las pone á cubierto de la severidad de la crítica; y verdad es también que la edad en que compuso algunas de ellas, según manifiesta la fecha, y según el mismo autor nos lo indica, exigen que se las mire con toda la indulgencia debida á los pocos años; pero juguete es también la bellísima sáfica *Al pajarillo*, juguete *La gresca estudiantil*, y juguete el soneto titulado *La frescura*, y son sin embargo tres florecillas preciosas, aun prescindiendo de la edad. *La gresca estudiantil* es una de las mejores anacronísticas que tenemos en castellano, y tanto esta como la sáfica *Al pajarillo* creemos que no las recusaría Villegas. Dicha sáfica nos parece imitación de

la que con el mismo título compuso Noroña; pero imitación muy superior al original, así como *La frescura* lo es del romance de Iriarte *Como el poeta se quedó en blanco*, si es que no estamos equivocados. Muy seguros eran en 1826 los primeros pasos del señor Príncipe en la carrera poética. Las letrillas tituladas *El beso* y *A Betissa cantando* están llenas de suavidad y fluidez, lo mismo que las anacreónticas *Mi rosa maliciosa*, *El arroyo* y *Las ondas*, en las cuales vemos perfectamente conservado el carácter de este género de poesía. Las composiciones tituladas *Contra las églogas venatorias* y *Pensamientos de un fumador* tienen un fondo filosófico en medio de su aparente ligereza; y los romances *Quince años*, *El corazón en vela*, *La lluvia*, *Sobre perro* y *El y Ella* (pág. 88) son donde quiera notables, ora por su simplicidad y candor, ora por lo bien conservado del tono y por la corrección con que están escritos. Coronan esta primera sección los sonetos imitando el estilo de Camoens, que no sabemos porque se han incluido en ella, cuando vemos en el segundo tomo los que llevan por título *Amor y desden*, al lado de los cuales pudieran figurar aquellos. Lo mismo decimos de las quintillas á *Eduardo y Julian* que constituyen la sección segunda, y que tan vivas simpatías excitaron cuando el señor Zorrilla las leyó en el Instituto español. Las letrillas báquicas son también unos juguetillos muy bellos y á veces originalísimos: citemos en prueba de nuestra asercion la II, la V, la X y la XV. Las oditas que llevan por epígrafe *La lección de guitarra* son casi todas notables por su ternura, por su melancolía, por su gracia ó por la originalidad de sus pensamientos. Nos contentaremos con citar las III, IV, VI, VII, VIII, IX y X como mas dignas de atención, si bien no están todas íntimamente relacionadas con el instrumento que les sirve de asunto.

No faltará quien diga que las poesías indicadas hasta aquí son eco en gran parte de una literatura que ya pasó: nosotros creemos que si el señor Príncipe se hubiera limitado solamente á esta clase de composiciones, merecería censura; pero habiéndose propuesto á lo que parece dar, nos una idea de su habilidad en los diversos géneros á que se ha dedicado, consideramos oportunísima su inserción. Y bien mirado todo, ¿por qué ha de haber pasado el tiempo de deleitarnos con el aroma de las florecillas por muy humildes que parezcan?

Pero lo que mas brilla en este primer tomo es indudablemente el género epigramatorio y el satírico. Preciso es confesar que el señor Príncipe ha conseguido resucitar la musa de Quevedo y de Iglesias con una felicidad admirable. No es un raudal tan impetuoso como aquel; pero es mas correcto y mas puro; no es tan insinuante como el segundo; pero la escede en conocer al mundo y á los hombres, y en la elevación de sus miras. Gracia, ligereza, mordacidad, travesura, filosofía, versificación eminente... tales son las dotes sembradas en estas preciosas letrillas. Aunque no sabemos cual de ellas preferir, citamos no obstante la primera como modelo de facilidad y fluidez; la III en que cada verso es un concepto ó un pensamiento feliz; la IV dirigida á las niñas; la V en que juega el autor con las dificultades del metro y de la rima; la VIII en que con la sátira mas punzante se zahiere el espíritu de francesismo exagerado que caracteriza nuestras cosas; la IX llena de travesura y originalidad; la XXI que ofrece el primor ejemplo de romancillo de cuatro sílabas asonantado de que tenemos noticia, donde luce el poeta su exactitud en el pensar y su habilidad como versista; la XXII, digna corona de las anteriores, aunque diversa en el tono; y últimamente las XIII y XIV, en que el poeta combate las pretensiones y el espíritu de exclusivismo que distingue á dos literaturas rivales, mo-

(1) Véndese en la librería de Boix, calle de Carretas.

tejando igualmente el delirio romántico y la fría abyección de la escuela llamada clásica.

En cuanto á los epigramas, ¿qué dejan por desear los siguientes?

Se queja de padecer
Dolor de cabeza Irene;
Mas no acierto á comprender
Cómo le puede doler
La cabeza que no tiene.

Equivocando un alcalde
Las señas de Baltasar,
Paso: nariz, cinco pies
Y así dijo verdad.

El ciego mas desgraciado
No es amigo Bernabé,
El ciego que nada ve,
Sino el que ve demasiado.

Una obra ha dado Inés;
Os lo juro por la cruz:
Yo no diré qué obra es,
Mas sí que la ha dado á luz.

Corrigiendo á su escribiente,
Dijo un Barón: ¡abestrux!
Escribe Barón con B
Que no soy Varón con V.

Cuando traduce á Marcial, sus traducciones son frecuentemente modelos: inútil es detenernos en aglomerar mas citas, lo mismo que en encarecer el mérito de unos epigramas á favor de los cuales dicen mas los ejemplos traídos que cuanto nosotros pudiéramos decir en su honor.

Hemos visto al poeta jugar fugitivamente, ó reirse á expensas de las ridiculeces humanas: veámosle ahora elevarse á otra region diferente con toda la pompa, con toda la magestad, con toda la entonación que es dado alcanzar á los talentos superiores. El segundo tomo comienza con una hermosa composición *Al estudio de la poesia*, llena de entusiasmo y de fé, y sembrada de periodos ondeantes y armoniosos. Le sirve de base la máxima fundamental: *sin ilusion no hay poesia*, sobre cuyo pensamiento giran tambien las dos que llevan por titulo *A Zorrilla* y *El romanticismo*. Oigamos al autor en aquella.

Hubo un tiempo en que el hombre se alegraba,
Y en el amor y la amistad creía,
Y al templo en su alieccion se recogía,
Y al númen en sus penas invocaba.

Dios, su dama y su rey eran su emblema;
Religioso, patriota y caballero
Por ellos desnudaba el limpio acero;
Ellos hacian su ventura extrema.

¿Qué importaba la argolla, el triste yugo,
La injusticia, el baldon, la tiranía?
El hombre era feliz cuando creía,
A despecho del hacha y del verdugo.

Hoy la suerte cruel burla sañuda
Su mejor esperanza y su deseo,
Y el hombre es infeliz porque es ateo,
Y si ateo no es, cede á la duda.

¿Quién del triste mortal compadecido
Volverá al corazón su paz primera?
¿Será la ciencia descarnada y fiera?
Pero los sabios ¡ay! nos han perdido.
Hija del corazón, no de la mente

La bienhechora fé brillaba un dia:
Hija del corazón la poesia.
Despertarla tal vez sabrá elocuente.

Oigámosle en la segunda:

Nuestra naciente musa
En cantos inmortales
Tiene á lo menos y española sea:
Religiosa, no atea
Ni fanática vil: grande y sublime,
Pero bella tambien, nunca espantosa:
Ideal, no quimérica: graciosa,
No afeminada: enérgica y valiente,
Nunca durá ó feroz: siempre elocuente,
Siempre cercada de ilusion hermosa.

Creemos que la poesia tiene que ser así, ó es imposible que exista: la descarnada realidad, el positivismo del siglo, acabarían por asesinarla, si la juventud no hubiera comenzado ya á oponer un dique á la moda que á pocos dejó de fascinar cuando esta composición se escribió. Esta circunstancia pudo tal vez influir en la demasiada acritud con que el autor ataca á los partidarios de una escuela que en medio de sus delirios no por eso ha dejado de producir bellezas de primer orden. El Señor Príncipe es demasiado ilustrado para no reconocerlo, y ha hecho bien en prevenirnos en una nota que sus ataques se dirigen al romanticismo *exagerado* ó *frenético*. Así lo dijo tambien en la discusión que sostuvo en el Liceo, con cuya declaración la conferencia acabó por reconocer la literatura de *justo medio* como la única posible.

EL MEDIO, EL JUSTO MEDIO! á mano diestra
Precipicios mirais; á la siniestra,
Precipicios tambien: helado el polo,
Tostado el ecuador, salvajes solo
Los pueden habitar. ¿Qué nos importa
Que el inerte lapón ame su nieve,
O que desnuda por la ardiente arena
El árabe feroz la planta lleve?
Otra zona á nosotros, otro clima,
Otros placeres nos dispensa el cielo:
En nuestro amado suelo
La estacion al mortal mas placentera
Es la genial, la hermosa primavera,
Media igualmente entre el calor y el frío.

En una cosa no convenimos con el Sr. Príncipe, y es en la lijereza (permítansenos la expresión) con que dice:

¿Cuándo será que por honor de España
Literatura nacional tengamos?

Su patriotismo le engaña en esta parte, porque ¿cómo es posible desconocer el carácter nacional del romancero y de nuestra literatura dramática en el siglo XVII? Si despues adoptaron nuestros poetas el gusto francés, haciéndolo suceder al italiano del siglo XVI, debe tenerse presente que en el siglo XVIII no era posible hacer otra cosa, como dice Quintana; y por lo que respecta al tiempo presente, ni deja de haber escepciones honrosas, ni aun cuando no las hubiera, dejaría de ser disculpable seguir en literatura á los que con menos motivo seguimos ciegameute en casi todas las cosas. Lamentese en buen hora el Sr. Príncipe de ese espíritu de extrajuicio que todo lo invade; pero no *acuse* á las letras de ceder á las circunstancias cuando no pueden hacer otra cosa. Por lo demas convenimos en un todo con los principios proclamados en *El romanticismo*, cuya lectura recomendamos á la juventud, no solo por el laudable fin á que se dirige, sino por la habilidad extraordinaria con

que el autor ha sabido sacar partido poético de un asunto esencialmente dogmático, y por consiguiente poco ó nada á propósito para lucirse. Algo mas se acomodó al tono festivo del *Tema con variaciones*, capricho original lleno de travesura y de gracia, en el cual es digna de ser estudiada la oportunidad con que el poeta cambia de metros, al mismo tiempo que critica el prurito de variarlos hasta el infinito sin otra razón que la de causarse el versificador del metro una y otra vez elegido.

Las composiciones referidas pueden considerarse como la profesión de fé literaria del autor. El poemita del *Árbol* es un ejemplo práctico de esa poesía de *Justo medio*, y una de las producciones mas bellas y mas originales que existen en la colección. ¡Qué hermosa es la ocurrencia de suponer un árbol plantado por dos esposos condenados por el cielo á no tener hijos!

Volamos, volamos,
Y en medio del prado
Un árbol plantemos,
Y en él contemplemos
El fruto anhelado.
Y días serenos
Tendremos en breve,
Y hermosos y buenos,
Si un árbol al menos
Su vida nos debe.

Es imposible leer esta producción sin amar al vegetal que le sirve de asunto. Aquella inscripción, aquel ángel, aquella historia narrada por él, aquellas consideraciones tan filosóficas y tan bien sentidas aplicadas al estado de los dos esposos, aquellos pensamientos que le sugiere el árbol, aquella versificación en fin tan oportunamente variada... todo conspira á hacer de esta composición un poemita que á nada se parece sino á sí mismo. La unidad del plan y la correspondencia de las partes á constituir un todo le hacen pertenecer al género clásico: la originalidad y atrevimiento de la concepción, el aire de misterio con que el autor se insinúa y la variedad de sus formas, á la literatura romántica.

Nos hemos dilatado sin sentir, y es preciso acordarnos de que escribimos en determinados límites. ¿Queréis oír períodos retundos y sonoros que se confunden á veces con los de Quintana? Leed la oda á la diputación provincial de Zaragoza. ¿Queréis melancolía y ternura? La memoria de Abelardo y Heloisa os brindan con ellas. ¿Anheláis un romance filosófico bien hecho? Leed la edad media. ¿Os placen los giros suaves y ligeramente tristes? En la composición á unas lágrimas los tenéis. ¿Queréis una producción religiosa y á la par política? Leed la oda á la aparición del cólera asiático. ¿Apeteceis la copa del consuelo y los cantos de una unción divina? La consolatoria á Don J. G. hablará á vuestro corazón. ¿Os placen finalmente los cantos de Tirteo? Ahí los tenéis en las odas al cinco de Marzo.

Hoy hace un año que la gente impía
Vuestro recinto hallaba;
Hoy hace un año que la chusma esclava
Ante vosotros maldiciendo huía.
De triste noche y lóbrega encubiertos
Los siervos eugreidos,
Solo tardaron en quedar vencidos
Lo que tardásteis en estar despiertos.

Es necesario haber tenido parte en esa célebre jorna-

da para poder apreciar debidamente las magníficas estrofas que constituyen esta composición.

No somos tan ciegos en medio del entusiasmo con que hemos leído las poesías del Sr. Príncipe, que desconozcamos los lunares que mas de una vez oscurecen su mérito. Versos reconocemos, bien que pocos, que necesitan volver al yunque, y armonías poéticas en que se descubre el artificio mas de lo conveniente. Las desviaciones de los periodos son con alguna frecuencia bastante parecidas, y no rara vez participan del sononete mas bien que de la verdadera armonía. La rima no siempre es rica, ni siempre bastante variada. La cabeza domina de cuando en cuando al corazón, y en algunos trozos de las composiciones citadas, y en otras que nos dejamos por citar, no tanto vamos al verdadero poeta lleno de imaginación y fantasía, como al razonador desabrido. Su estilo altamente recomendable por su nobleza, dignidad y elevación en las composiciones serias, desciende algo mas que á la sencillez en algunas de las ligeras y satíricas; y últimamente se han insertado en uno y otro tomo poesías que nada hubieran perdido en suprimirse. Y sin embargo, ¿qué importan estas debilidades inherentes del hombre al lado de esas bellezas superiores de versificación y de estilo exclusivamente propias del genio? La mediocridad nunca hará grandes cosas, pero los talentos superiores pueden mas de una vez mostrarse desiguales á sí mismos. El autor reconoce que no todas las composiciones le inspiran confianza, y no sería extraño que las exigencias de su situación ó las del librero le hayan obligado á insertar lo que nada contribuye á su gloria. Es preciso tener presente que el siglo es altamente anti-poético, y que si ahora apareciera la Eneida, el círculo de sus admiradores sería tan reducido como poco á propósito para recompensar los once años de trabajo que le costó á Virgilio. ¿De qué le ha servido al Sr. Príncipe su invencible vocación á las letras? La lectura de su biografía es capaz de desconsolar al hombre mas lleno de fé; y tenemos datos para creer que en ella no se dice todo. Al llegar aquí, la pluma se nos cae de la mano. ¿Cuándo será protegido el talento en esta desventurada nación? Sin protección, sin salud, sin tranquilidad de ánimo, rodeado constantemente de desgracias, esclavo de sus ocupaciones para sostener una familia numerosa, perseguido en fin por la suerte desde que nació... todo conspiraba á ahogar el genio del autor de estas poesías, y el autor sin embargo ha sabido aprovechar los escasos momentos que le ha permitido su trabajada y laboriosa juventud para dedicarse á hacer versos. ¿Quién se atreverá á juzgarlos de un modo absoluto? Al que esto hiciera, al que prescindiese de las circunstancias en que se han escrito, podría contestar el poeta con el sabido dístico de Ovidio:

*Carmina proveniunt, animo deducta sereno;
Nubila sunt subitis tempora nostra malis.*

* *

EL MESIAS.

Jerusalem! Jerusalem impia!
muerto das al Señor de las alturas,
y escarneces osada su agonía,
hierro clavando en sus entrañas puras.

Despedazas sus miembros sin consuelo;
mas ¡ay! la sangre que el *Mesias* vierte,
apenas humedece el mustio suelo,
en principio de vida se convierte.

Y esa cruz, que en el Gólgota levantas,
flor es gallarda, cuyo suave aroma
fortifica en la fé las almas santas,
y ahuyenta del pecado la carcoma.

Es manantial precioso, que del mundo
riega sin fin la dilatada alfombra,
fuente de inspiración, árbol fecundo,
que á todos brinda con su dulce sombra.

Deícida ciudad, ¿cómo vacilas
en trance tan horrible é inaudito?
¿cómo brillan enjutas tus pupilas?
¿desconoces acaso tu delito?

¿No sientes al influjo de las nieblas
oscuro el Sol y condensado el viento?
¿no oyes entre el silencio y las tinieblas
cual retumba la tierra en su cimiento?

¿Ves del templo las luces apagadas,
y el milagro no ves, ciudad maldita?
¿ni en sus anchas cortinas desgarradas
cumplirse al fin la profecía escrita?

Si; mataste á tu Dios, y Dios potente
castiga tus pecados sin ejemplo,
y comboca naciones de repente,
que arrasen hasta el pie tu santo templo.

¡Jerusalem! ¡Jerusalem! tus muros
desplomados están; piedad no esperes,
que el fiero vencedor ojos impuros
clava ya deshonesto en tus mujeres.

La tierra que oprimian tus bastiones
brota ya en su lugar zarzas y yedra,
y escuchase la voz de las legiones,
al esclamar; *no hay piedra sobre piedra.*

Llora, llora en silencio tus maldades,
raza proscrita que aborrece el mundo,
ludibrio despreciable á las edades,
pueblo en todos los pueblos vagamundo.

¿De qué tus leyes te valdrán un día?
¿de qué tus *Fariseos* y *Doctores*,
si errante entre la muerte y la agnía
serán todos los pueblos tus señores?

Besa el polvo, ciudad, de tus escombros,
que polvo tus señores te dejaron,
al sustentar sobre sus fuertes hombros
la venganza de Dios que en tí lanzaron.

Que ya el día se acerca venturoso
de gloria y de salud para los hombres,
en tanto que sin trégua, sin reposo,
huyen tus hijos á ocultar sus nombres.

Huyen cobardes, la maldad les ciega,
y al fruto de salud vuelven la espalda,
fruto que *Cristo* con su sangre riega,
y es del género humano la guirnalda.

Huid, que escrito está, corred ingratos,
los ojos de llorar secos y rojos,
y al *Mesias* llamad, cuando insensatos
resucitar lo miran vuestros ojos.

¿Conocerlo quereis? Tiembla, *Judea*,
vano es tu anhelo, tu esperanza vana;
y escrito está, que tu nacion no crea,
mientras todas repiten el *Hosanna.*

¿Qué nueva celestial los aires hiede,
y puro gozo al corazón derrama?
¿qué ventura en placer el pecho enciende?
¿es la voz del Señor que acá desciende
y la tierra y los aires embalsama?

¿A dónde van con presurosa planta
las hijas de *Sion*, que antes lloraron?
¿cumplióse al fin la profecía santa?
¿augusta del sepulcro se levanta
el que tres días antes enclavaron?

Vedle allí sin lesion; vedle triunfante
destrozar con su pie la sierpe altiva;
vedle del hombre compasivo, amante,
quebrantar con su fuerza de gigante
torpe opresion, que de vivir le priva.

Allí está; sus discípulos le admiran,
y él deja su doctrina á las naciones;
y tristes los discípulos suspiran,
que indignos de su afecto ya se miran,
porque dudaron de él sus corazones.

Y el hijo de *David* dulce consuelo
á sus hijos prodiga enternecido;
que el hijo de *David* bajo del cielo
para cubrir con misterioso velo
los pecados del mundo arrepentido.

No á su lado de intrépidos guerreros
falange fiel, cual capitán comboca;
persuaden sus acentos verdaderos,
y para qué le sirven los aceros,
si habla Dios desde el cielo por su boca?

Doce son los impávidos doctores,
y al orbe entero humillará su ciencia;
sufrirán del martirio los dolores,
y olvidarán que fueron pescadores,
al escuchar de muerte la sentencia.



*Id, predicad, les dice, á los humanos
lo que de mí aprendisteis y habeis visto:
y ellos con mas poder que los tiranos,
convertirán los hombres en hermanos,
al estender la religion de Cristo.*

J. M. DE ANDUEZA.